Recientemente el diálogo soviético Bukovski fue objeto de un intercambio de prisioneros políticos con Corvalán, encarcelado en Chile. Se ha especulado sobre la moral de tales intercambios, llegando más allá: la ilegalidad del mantenimiento de prisioneros políticos, del encarcelamiento de personas por mantener ideas, opiniones o actitudes distintas de los gobiernos de cuyos países son ciudadanos. Las críticas a los encarcelamientos de esta índole se han reavivado en esta circunstancia, y los partidos comunistas europeos se han manifestado en contra de casos como el de Bukovski en la URSS (Marchais lo reiteró durante sus horas de tránsito por Madrid). ¿Quién es Bukovski, cómo piensa Bukovski? Las declaraciones hechas por él a "Le Nouvel Observateur", que publicamos a continuación, están escritas para esclarecer la posición política de este prisionero liberado.

Vladimir Bukovski
"es necesaria nuestra resistencia"

A sus treinta y cuatro años ha pasado más de once en las cárceles, los campos y los hospitales psiquiátricos de su país, la Unión Soviética. ¿Sus "crímenes"? La posesión de dos fotocopias del libro del yugoslavo Milovan Djilas "La nueva clase", haber organizado una manifestación en Moscú en pro de la liberación de los escritores Siniavski y Daniel, haber organizado una segunda manifestación a favor de tres escritores contestatarios, haber publicado en Francia el primer testimonio sobre los internamientos en hospitales psiquiátricos especiales: "Una nueva enfermedad mental en la URSS: la oposición". Libré a razón de un canje que deshorna a los dos Gobiernos que lo practicaron—, Vladimir Bukovski denuncia, desalentadamente, con la dureza del "resistente" que ha optado ser, pero sin odio, con serenidad. Porque este hombre, al que se ha robado su juventud; este hombre, delirado por sus huelgas de hambre y sus detenciones, no vive de remisiones; sino de esperanza. La esperanza de un mundo en el que se respeten los derechos del hombre, de todos los hombres, sean cuales sean sus opiniones. ¿Ingeniosidad? ¿Anacrónico e irreal humanismo? Tal vez. Pero ¿qué justos sonaban las tres primeras frases que pronunció Bukovski a su llegada a Zúrich: "Soy feliz de estar libre. Igualmente me alegro, aunque no comparta sus ideas, que el señor Corvalán esté en libertad. Debe proseguir la lucha en pro de la liberación de los prisioneros políticos de todos los países". "¿Es usted comunista?", le pregunta un periodista. Sonrisa: "Nunca he sido ni comunista ni socialista. Sin embargo, hoy lo más importante —añade de inmediato— es la constante lucha por los derechos humanos". "¿Le gustaría venir a Chile?", le pregunta el embajador de Pinochet en Suiza. "Si me ocurre en algún momento, que ese viaje podría ser de utilidad para los presos políticos, ya sean chilenos, soviéticos, cubanos o de cualquier otra nacionalidad", responde Bukovski. Decididamente, Vladimir Bukovski tiene una idea fija. ¿Es tan anacrónica? —Usted fue detenido por vez primera en mil novecientos sesenta y uno, no había cumplido aún los veinte años. ¿Qué fue lo que hizo de usted a edad tan temprana un disidente?— Sobre los métodos de lucha contra el poder soviético. —V. B.—Nunca he pensado en una lucha dirigida contra el poder soviético, sino en pro de la defensa de los derechos del hombre: ese es mi auténtico combate. Por el momento, además, el movimiento de oposición en la Unión Soviética no se planta el problema del cambio de sistema en mi país. El vicepresidente de la Asociación de Juristas soviéticos descríbela hace unas semanas en "Le Nouvel Observateur" que podían tomarse con los dedos los presos políticos soviéticos. ¿Puede usted estados un cálculo más ajustado a la realidad? —V. B.—Imposible hacer ningún cálculo. En la Unión Soviética hay doscientos cincuenta millones de presos políticos... No todos están sometidos al mismo régimen de reclusión o existen tantos regímenes distintos que sería arriesgado dar cifras correspondientes a cada uno de ellos. Vivir libre en la Unión Soviética es la más suave de las formas de detención. —¿Quién son los presos políticos detenidos en prisión, en el campo o en el asilo?— V. B.—Los hay de todo tipo. Hay muchos que llevan en la cárcel desde la guerra por cuestiones nacionales: lituanos y ucranianos que han luchado contra la invasión y la dominación soviéticas. La última horada está compuesta de gentes como yo, gentes que se me parecen, hombres y mujeres de mi edad, a quienes marcó el siglo de litigio. Nos parecemos porque nuestra motivación primera es tratar de un problema genérico— es la de negarnos a ser cómplices, aunque sea a través del silencio, de los crímenes cometidos. Era esa voluntad la que suscitaba la resistencia. Consideraremos que no participar en la resistencia equivale a participar en el crimen. —Usted habla de "resistencia" en lugar de "disidencia". ¿A qué corresponde este cambio de vocabulario?— V. B.—La idea no es mía, pero estoy de acuerdo. La palabra "resistencia" me parece más apropiada para nuestro combate. —A qué capas sociales pertenecen los miembros de la "resistencia"?— V. B.—En un principio de la "inteligencia". Pero con el tiempo se unieron a nuestra lucha gente de los medios más diversos, sobre todo a partir de la invasión de Checoslovaquia en 1968. En los campos me tenían ocio de conocer a muchos soldados que se negaron a participar en la ocupación. Todos ellos venían, como usted puede imaginarse, de muy diversos horizontes. —¿Tiene usted noticias de que se produjeran en mil novecientos sesenta y uno movimientos de rechazo colectivo en el Ejército?— V. B.—Sí, los hubo. Ignoro cuántos y de qué magnitud, pero al llegar a producirse. En el campo número treinta y cinco de Perm conocí a tres soldados que habían tratado de cruzar clandestinamente la frontera para no participar en la ocupación de Praga. —En Occidente se tiene la impresión de que el medio de los disidentes está muy margenizado del resto de la población soviética. ¿Es esto exacto o existen en el país formas de oposición o de protesta masivas?— V. B.—Creo que lo que no ris de los occidentales es falso. La difusión del samizdat (1) es muy amplia y afecta a distintas capas sociales. Siento no poder ser más preciso, pero sería difícil si no imposible: el samizdat pasa de mano...
en mano sin que nadie sepa con exactitud a cuántas llega. Por lo que respecta a los miembros acti- vos de la resistencia, su número to- tal es difícil de calcular, porque sus acciones no son conocidas, sino en parte, sobre todo fuera de las gran- des ciudades. El desarrollo de los internamientos psiquiátricos y la total falta de escrúpulos que mue- stran los Tribunales en la definición de los motivos de la condena im- plén- den establecer un censo.

-¿Usted es feliz, naturalmente, de haber recuperado la libertad. ¿Está igualmente contento de ha- ber dejado la Unión Soviética?
V. B.-Cuando atacé en Zu- rich, el responsable de la KGB que me acompañaba me hizo entrega de un pasaporte soviético con cin- co años de validez. No se me ha privado, pues, de mi nacionalidad, y pienso que puedo volver si así lo deseo. Es esa una hipótesis que no excluyo en absoluto.

-¿Usted volvería, pues, a la Unión Soviética?
V. B.-Si fuera necesario para nuestro combate, claro está que sí.
-¿Cómo considera que puede tener más eficacia su lucha: dentro o fuera de la Unión Soviética?
V. B.-Ambas cosas son igual- mente necesarias. Todo depende del momento, de la situación.

-¿Piensa usted que la sociedad soviética puede evolucionar o la considera usted como algo inmuta- ble?
V. B.-La Unión Soviética, como cualquier otra sociedad, evolucio- na. Sólo que la Unión Soviética lo hace lentamente y de modo incier- to. Su motor principal es, como en otras partes, la llegada de nuevas generaciones. Otro elemento que influye sobre el primero lo constitu- yen las campañas pro derechos del hombre que lleva a cabo la resis- tencia desde mil novecientos se- senta y cinco aproximadamente y que han ido modificando el clima. De igual manera, la ola de protes- tas que se extiende por el extranje- ro tiene una influencia sobre la Unión Soviética. Lo que significa que debe progresar y amplificarse. Personalmente no puedo imaginar- me ningún cambio del sistema político existente en la Unión So- viética si no se basa en la libre ex- presión de los sentimientos y las indinclusiones políticas de sus con- ciudadanos.

-¿Las pasadas campañas han influido sobre el poder o sobre la población soviética?
V. B.-Hay que distinguir clara- mente por qué el Gobierno soviéti- co no ha representado nunca a la población del país. Pero en la me- dida en que el poder se cimenta en un consenso mínimo que permite ser obedecido, las campañas ten- drán influencia tanto sobre el poder como sobre la población.

-A su llegada a Zurich, usted describió las condiciones de deten- ción a que están sometidos los prisioneros políticos en la Unión So- viética. Pero tanto de su testimonio como del de sus compañeros libe- rados antes que usted parece des- prender una preferencia de los so- viéticos por ciertos métodos de re- presión más refinados que las tortur- mas físicas que emplean los dictad- ores fascistas...
V. B.-Exacto. Creo que eso se explica por la mentalidad y la hipo- cresión en las que se cimenta la mu- quina del Estado soviético, la pro- paganda es el pilar del aparato de Estado soviético, una necesidad absoluta para él, y la utilización de tortura física sería obviamente in- compatible con esa propaganda. La Unión Soviética vive de la mentira. Voy a darle un simple ejemplo: los lugares de detención han cambia- do de nombre diez veces en sesen- ta años. Primero los llamaban "campos", luego "lugares de priva- ción de libertad", más tarde, "colo- nias de readaptación por el traba- jo", etcétera. Hoy en día se puede hablar de "establecimientos", sen- cillamente.

-¿Este intento de enmascarar sis- temáticamente la realidad es la prueba de la utilización de la hipocre- ción como fuente de régimen. Demuestra la gravedad necesi- dad de denunciar a ese régimen ante la opinión mundial para que ésta sepa cómo es en realidad. De- muestra también cuál es el miedo del régimen: un miedo profundo a la verdad.

-Usted aprobó el principio del intercambio del que se beneficia- ron Luis Corvalán y usted mismo, proponiendo el intercambio de otros presos políticos del mun- do, el chileno Jorge Montes y el cubano Huber Matos. ¿No teme usted que estos "intercambios" de oponentes consagren de hecho la existencia de dictaduras y les sir- van para refacercarse mutua-mente?
V. B.-Qué conste que yo sólo lo aprobé en segunda instancia: a mí no se me pidió opinión en un prin- cipio. Pero es verdad que me gustaría que se produjeran nuevos in- tercambios porque yo no veo las cosas como usted. Desde mi punto de vista, los intercambios consag- raron sobre todo la solidaridad que liga a la totalidad de los prisioneros políticos del mundo y la ayuda que pueden y deben aportarse mutua- mente.

-¿Cómo se propone iniciar su combate "a favor de los presos políticos de todos los países"?
V. B.-Sé cuáles son mis dos pri- meras obligaciones: apoyar el llama- miento lanzado por varias per- sonalidades occidentales a favor de mi amigo Eduardo Kuznetsov, y también comunicar a todo el mun- do que los presos políticos de la cárcel disciplinaria de Vladimir — de la que vengo— llevan a cabo actualmente una huelga de hambre para protestar contra la supresión del derecho a recibir libros y suscri- barse a periódicos. Periodícos auto- rizados, sin embargo, por el regl- mento como la prensa comunitaria occidental o el "Correo de la UNESCO". Es preciso llevar a cabo una campaña para sostener la lucha y no dejar a todos esos resis- tentes en la cuneta. □ Declaracio- nes recogidas por BERNARD GUETTA. (Copyright: "Le Nouvel Observateur")